De la decadencia del arte de escribir

Por el P. RAIMUNDO MORALES, Franciscano.

EN SU RECEPCIÓN EN LA ACADEMIA CHILENA
EL 14 DE JUNIO DE 1924

Tomado del *Boletín de la Academia Chilena*, correspondiente de la *Academia Española*.

(Continuación)

La segunda causa de la decadencia del arte de escribir es, como antes lo dije, la ignorancia del idioma. Dichosamente llamó Max Müller al lenguaje *suelo sagrado*, porque es el depósito del pensamiento. De ahí el respeto con que debemos tratar el lenguaje propio, o sea, el idioma. Este hasta por definición nos pertenece: *idioma* nos vino del griego por medio del latín y quiere decir *propiedad, peculiaridad.* De ahí el amor que debemos profesarle, porque, ¿quién no ama lo suyo más que lo ajeno? Además, él saludó nuestra llegada al festín de la vida con un canto de alegría; él meció nuestra cuna; él doró los dulces sueños de nuestra infancia; él, fiel y cariñoso amigo, nos ha acompañado continuamente en la jornada del tiempo, llorando en nuestras penas, riyendo en nuestras alegrías, celebrando o lamentando los prósperos o adversos casos de que está como sembrado el camino de la vida; él, por fin, nos da el último adiós, dolorido sí, pero sincero, cuando, terminado nuestro viaje temporal, emprendemos el de la eternidad a hablar en el cielo el idioma de los ángeles de Dios.

Sobradas razones tenemos, pues, para amar nuestro idioma. Pero este amor, como todo amor, debe manifestarse en las obras; de lo contrario es vano. Amar, por tanto, el idioma es estudiarlo, cultivarlo, procurar conocer su íntima naturaleza al par que las cualidades, joyas y preseas que lo adornan. El que eso no hace no lo ama.

Que hoy por hoy no se hace eso, o sea, que el idioma se ignora, me parece una verdad de clavo pasado. Pasaron ya los tiempos en que el P. Ovalle decía de los primitivos chilenos en su *Histórica Relación:* «Cortan la lengua tan bien como el mejor español». Ahora, ni con los labios ni con la pluma la cortamos tan bien. Por eso, según testimonio de Cejador, nuestra literatura no agrada en España. Tuve yo en Roma un condiscípulo español muy ilustrado y asiduo lector de Bello. Un día, como le preguntara qué estaba leyendo, me respondió que la *Gramática* de Bello. Y me añadió: «Es lo único de ustedes que me satisface en materia de gramática: esto es correcto y científico». Decía *de ustedes*, creyendo que Bello era Chileno. Por de contado que yo no le saqué del error.

Para convencerse de que aquí, lo mismo que en algunas otras partes de América, se descuida el estudio del idioma, no hay más que echar una ojeada sobre la prensa y los libros que todos los días se publican. Allí hay descuidos para todos los gustos. Para escribir bien es necesario convertirse en niño, haciendo caudal de menudencias gramaticales y literarias. En este sentido los mayores escritores han sido niños grandes. Como en el orden moral, también en el literario la perfección consiste en hacer caso de cosas pequeñas: de un acento, de una coma, de un matiz, de la colocación de un vocablo, del régimen de un verbo, y de otras yerbas así, menudas lo que queráis, pero no despreciables, como muchos se figuran. Pues entre nosotros no sucede eso. Yo he hecho muchas veces la prueba: he tomado una novela, por ejemplo, y la he ido aplicando lo poco que sé de gramática y lenguaje, y al fin me he visto obligado a tirar el lápiz y la paciencia. De reconditeces idiomáticas, peor es hurgallo, vamos al decir, porque ellas no se hicieron para nosotros.

¡Curioso fenómeno! En los libros franceses, italianos e ingleses la vista no tropieza casi nunca con un error, ni siquiera de imprenta; en los españoles, pero sobre todo

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

en los americanos, a cada peso. «Cuéntense—observa Oyuela—las impurezas de lenguaje a Milton, a Manzoni, a Fóscolo, a Leopardi, a Quintana, a Voltaire, a Víctor Hugo, y viniendo a otro orden de escritores, a Sainte-Beuve, a Littré, a Villemain, a cuantos muchos significan y mucho valen en el mundo de las letras, y serán sobrados los cinco dedos de la mano. Cuéntense, en cambio, las contenidas en una sola página de algunos de nuestros mejores ingenios, y pasarán de cincuenta» (1). Algo parecido sucede entre nosotros, a pesar de ser notorio que aquí se escribe mejor el castellano que en la Argentina. Por eso, me parece que todavía es cierto lo que Bello, hablando del estudio del idioma nativo, afirmaba en 1848: «Es preciso confesar que, bajo este punto de vista, la literatura chilena no está a la altura de la de otras repúblicas americanas» (2).

Pero, no basta conocer el mal; es menester señalar sus causas para hacerlas desaparecer. Por eso, permitidme que, siendo palmario el hecho de la ignorancia del idioma, no insista en él, sino en las causas que lo han producido. Esto me servirá, además, para refutar de paso algunos errores que andan por ahí muy orondos y validos, produciendo no pocos ni pequeños males.

Dichas causas son varias. *Ab Jove principium.* Comencemos por la ignorancia del latín. Que los seglares en general, aun los más ilustrados, no saben latín, creo que no necesita probarse. Que todo literato, o que por tal se tiene, debería saberlo, tampoco ha menester de prueba.

El castellano es hijo del latín. La moderna filología ha averiguado que nació del latín vulgar o de la gente plebeya *(sermo vulgaris)*, muy diverso del latín literario o de las personas cultas *(sermo nobilium)*. Este hecho es hoy admitido de todos, por más que discutan todavía los filólogos cuándo y cómo nació (1). No lo niega ni el mismo Cejador, con ser y todo tan partidario del éuscaro. Según este insigne sabio, el latín es el padre del castellano y el éuscaro la madre; pero el influjo del latín sobre el castellano es muy otro del influjo del éuscaro: el latín influyó, ha influído e influye todavía en la formación y evolución del castellano, mientras que el éuscaro influyó sólo en su formación primitiva. Después de la primera niñez del hijo, su madre, el éuscaro, murió de sobreparto, dejando al niño al cuidado y bajo la tutela de su padre, el latín.

Sea como fuere, lo cierto y averiguado es que el castellano nació del latín y que el elemento latino predomina en él sobre todo otro elemento. El elemento germánico y el arábigo sólo aparecen en el vocabulario, y esto en muy pocas voces, porque la trama o construcción proviene casi enteramente del latín. El elemento griego, al decir de Cejador, es nulo, si no contamos el tecnicismo moderno. Del sánscrito dígase lo propio: «no explica ninguna palabra castellana, si no son de esas contadísimas que han pasado antes por toda Europa».

El latín, pues, forma el fondo del castellano y a lo menos el 60 por 100 de sus palabras. «El elemento latino —dice Broeckaert, citado por Retana—domina en el castellano más que en ninguna otra lengua moderna, comunicándole cierta majestad romana y en especial la plenitud y majestuosa gravedad de los sonidos, tan aptos para la elocuencia».

Esta sola consideración bastaría, si no hubiera otras, a probar plenamente que no se puede descuidar el estudio del latín y que el que lo ignora no puede conocer bien el castellano ni escribirlo con corrección y propie-

(1) Teoría literaria, 96.

(2) Obras completas, VIII, 377.

(1) D. Julio Cejador y Frauca, reputado hoy por el primer filólogo y lingüista de raza latina, pienza que el romance castellano nació al primer choque entre el éuscaro, vascongado o ibero, lengua nacional primitiva de los españoles, y el latín rústico o vulgar que llevaban a España los conquistadores romanos. (Véase *Historia de la Lengua y Literatura castellana*, I, 27, y XIV, 113).

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

dad. A este propósito, bueno será recordar lo que cuenta Rodríguez Marín de ciertos periodistas que visitaban la Biblioteca Nacional de Madrid con el santísimo intento de censurarlo todo y al otro día *atizar un palo* en el periódico al Director de la Biblioteca. «Algún visitante de éstos hubo—dice Rodríguez—, que al hablarle de libros *incunables*, entendió *incurables*. ¡Tal era su cultura!» (1). ¡Supiera el visitante que *incunable* viene del latín *incunabula*, cuna!... ¿Y qué diremos del *debelar* que aquí emplean algunos por *descubrir*, *denunciar*, *revelar*, ignorando que procede del latín *debellare*, que significa *vencer al enemigo*? ¿Qué del disparatadísimo *exhumar*, que usan de cuando a cuando los diarios por *inhumar*, cual si fuera lícito decir las cosas al revés y patas arriba? En otras ventajas que trae la lengua de Cicerón no insisto por no alargar demasiado este discurso: por ejemplo, en su utilidad para entender el tecnicismo científico; en su necesidad para leer en sus originales los escritores latinos y percibir mejor sus bellezas; en cuanto contribuye, por fin, a educar el espíritu, imponiéndole, como lengua sintética que es, severa y rítmica disciplina. ¡Cuán otro sería el estilo de nuestros escritores si supieran latín! «Lo que he aprendido de estilo—decía Bossuet—lo debo a los libros latinos y un poco también a los griegos».

La segunda causa de la ignorancia del idioma la hallo en la falta de lectura de nuestros clásicos, que para la mayoría son como el libro de los siete sellos o el cofre del Cid. Hoy se lee mucho; hay un ansia de instruírse notable y digna de alabanza; la ciencia se ha democratizado bastante. Sin embargo, sea por lo de prisa que se vive, sea por la multitud de artes y ciencias que se han inventado, es lo cierto que todo se aprende superficialmente y a sobre peine. Los especialistas son poquísimos; los más se contentan con una tintura a medio mogate de las cosas. Unos se instruyen en el diario, que no leen, sino que estudian, sacando de él una instrucción *sui generis*, instrucción de noticias y cabos sueltos; otros, y son los menos, lo hacen en libros ingleses; otros, por fin, y son los más, en libros franceses, o traducidos del francés. «Ociábanse nuestros padres—advierte Cuervo—saboreando con sus familias las obras de Granada, Rodríguez y Teresa de Jesús, mientras que en nuestros hogares, cuando se lee, se leen de ordinario libros pésimamente traducidos o periódicos en que, a vuelta de algo original, menudean también traducciones harto galopeadas» (1). De aquí el lenguaje vulgar, y, sobre todo, galicado (2). La influencia del idioma francés sobre los idiomas de los pueblos latinos data de mediados del siglo XVIII y no cesa todavía, antes ha crecido, gracias al movimiento literario de estos últimos tiempos. En literatura, en ciencias, en política, en los trajes, en el menaje de nuestras casas, en la moda en general, hasta en el arte culinario, Francia es nuestro modelo y nosotros la imitamos sumisa y servilmente, cual el niño de Horacio que vuelve temblando las palabras que le dicta el maestro; pero en el idioma, sobre todo, la influencia francesa es deletérea y lamentable.

(1) Burla burlando, 396.

(1) Apuntaciones críticas, pág. IX.

(2) Bueno sería hacer distinción entre *galicano* y *galicado*. *Galicano*, según el Diccionario de la Academia, es lo perteneciente a las Galias, y se usa principalmente hablando de la Iglesia de Francia y de su especial liturgia y disciplina. *Galicado*, según el mismo Diccionario, «dícese del estilo, frase o palabra en que se advierte la influencia de la lengua francesa». Cuervo hace constantemente esta distinción en sus *Apuntaciones*. Hablando del *que*, que él llama *galicado* por excelencia, dice en nota: «Para descargo de nuestra conciencia y para curarnos en salud, advertimos que la aplicación burlesca del adjetivo *galicado=galicoso* que hacemos aquí y acaso en otras ocasiones, es ocurrencia de Moratín. El vocablo se halla en el Diccionario de Salvá, y ha sido aceptado recientemente por la Academia». Toro y Gisbert también lo trae en su *Larousse Ilustrado*; sólo que no hace la distinción que hacen Cuervo y la Academia. Tampoco la hace el P. Mir en su *Prontuario de Hispanismo y Barbarismo*. Se entiende fácilmente que no la haga: no la hicieron los clásicos, y, además, es invención del galiparlero Moratín.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Contra esta servidumbre, en especial por lo que hace al lenguaje, hay que reaccionar. No poco se ha reaccionado hasta aquí, pero no lo bastante: aún nos invade la plaga del galicismo, este cáncer que hay que sajar, como dice Cejador, hasta en sus últimas fibras, pues «no admite defensa alguna razonable, porque el galicismo es cosa distinta del neologismo necesario». El medio más eficaz de reacción lo tenemos en la lectura de nuestros clásicos. Como un su discípulo preguntara a Moratín padre qué libros debía leer, el maestro le respondió: «Lea V. griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles, franceses y españoles». No se podía dar mejor receta ni más sabio consejo. Dos grandes ventajas nos traería la dicha lectura: nos enseñaría a escribir y nos libraría del barbarismo literario, descubriéndonos la riqueza que encierra nuestra lengua, tanto léxica o de palabras como sintáctica o de construcciones y regímenes. Es sabido que esto último no hay donde estudiarlo, pues no lo dan ni las gramáticas ni los diccionarios. La de la Academia trae desde 1771 una lista o rol de palabras que se construyen con preposición; pero es tan deficiente, que en mil casos no sabe uno a qué atenerse. Dos ejemplos entre mil: *abalanzarse*, según la academia, sólo se construye con *a*, cuando la verdad es que se construye, además, con *tras*, *hasta*, *para*, *por*, *sobre*, *hacia*, *con* y *de*; *entrar*, según la misma Academia, sólo rige *en*, a pesar de que cuantos aran y cavan lo construyen también con *a*. (León, *Obras*, I, 203; Bello, *Obras completas*, III, 564). *El Diccionario de construcción y régimen*, de Cuervo, no inferior al de Littré, habría podido remediar esta falta; pero la muerte de su autor no permitió que lo viéramos completo. Por manera, pues, que sólo una lectura asidua, reposada e inteligente de los clásicos puede darnos a conocer la riqueza que en esta parte atesora nuestra lengua.

Piensan algunos que no hay tales carneros, como se dice, que la riqueza del castellano es un mito y que el rico pensamiento moderno no cabe en él y se desborda.

La lectura, por tanto, de los clásicos, no basta y es punto menos que inútil. La respuesta es sencilla. Primeramente, como la riqueza del español se niega respecto, sobre todo, del francés, no está demás saber que nada menos que Emilio Littré, el más profundo conocedor del francés en el siglo XIX, declaró a su idioma, con ocasión de la mejor traducción francesa del *Quijote*, de todo punto impotente para tamaña empresa, según nos informa Oyuela en su *Teoría literaria*. Tampoco está de sobra conocer este parrafito de oro que escribió Salvá sobre el particular: «La lengua francesa es de las más pobres que existen: doblemente pobre, pues no puede formar voces nuevas ni por derivación ni por composición. No tiene más que dos géneros, haciéndose la declinación por medio de un artículo y de preposiciones; poseyendo además muy pocos adjetivos y escasos modos de conjugación. La mayor parte de los tiempos no pueden explicarse sino por medio de verbos auxiliares; y teniendo, por último, gran número de vocablos que encierran varias y distintas significaciones y desinencias análogas, es fácil confundirlos y cometer en su aplicación frecuentes contrasentidos» (1).

En segundo lugar, dado y no concedido que el castellano fuera pobre, ¿quién tiene la culpa? ¿Quién si no los mismos que han reducido el riquísimo vocabulario de los siglos XVI y XVII al pobrísimo y anémico de los siglos siguientes? Todos saben que en el siglo XVIII nuestra lengua sufrió una profunda perturbación y menoscabo, merced al galicismo que entró en ella a velas desplegadas, de tal suerte que ningún escritor de aquel siglo vale como autoridad en materia de lenguaje. «La mitad de la lengua castellana—escribía Capmany a fines del siglo XVIII—está enterrada, pues los vocablos más puros, hermosos y eficaces hace medio siglo que ya no salen a la luz pública (2).

(1) *Nuevo Diccionario Francés-Español, Prólogo*, pág. VIII.
(2) *Filosofía de la elocuencia*, p. I, art. 3.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Desenterrar gran parte de nuestra lengua, sacarla a pública luz, eso es lo que debemos hacer, pues no lo hemos hecho todavía. Diráse que esa lengua está anticuada. ¡Anticuada! ¿Y por qué no se propaga y vulgariza? Tómela por su cuenta la prensa, tómenla mayormente los buenos escritores, y seguro está que en poco tiempo nadie la extrañará. En ésta, como en muchas otras cosas, hay que educar al pueblo y avezarle a que prefiera siempre lo de casa a lo extraño y advenedizo. El pueblo en esta parte es muy dócil y educable. Si mañana se le enseñara con alguna insistencia que en vez de *sandwich* debe decir *emparedado;* en lugar de *garage, cochera, apartadero o tinglado;* en igual de *toilette, tocador o tocado,* y en cambio de *picnic, jira,* ya veríamos que todos hablaríamos como manda el castellano, y no como manda el francés, el inglés, y aun a veces el alemán. Lo propio sucedería con muchísimas voces antiguas. Un hecho. Dentro del siglo XIX hubo un tiempo en que era muy raro el uso del modo adverbial *por ende.* Lo tomaron por su cuenta Menéndez y Pelayo, Valera, y otros escritores, y ahí tienen ustedes que a la hora de ésta es entendido de todos y usado sin reparo y sin que a nadie se le ocurra objetar que es más viejo que la sarna ni que pertenece al tiempo del rey que rabió por gachas. Es una barbaridad lo que sucede en esto de voces o acepciones de voces. Cualquiera que haya leído media docena de clásicos sabe que en sus obras duermen el eterno sueño de los justos mil voces o acepciones bellísimas y muy significantes, suplantadas ahora por voces nuevas, o por voces forasteras, que es lo peor. Si no hay una voz para expresar el pensamiento, invéntese o tómese de otro idioma, pues, como enseña Horacio, siempre fue lícito y siempre lo será acuñar voces nuevas, imprimiéndoles el sello del uso corriente; pero si la hay, sacudamos la pereza, estudiemos el idioma y usemos esas voces sin escrúpulo. Lo demás es timidez y encogimiento literario.

De más a más, eso de anticuado sí que es una cantinela anticuada. Es la eterna historia de las uvas: están verdes; es el pretexto de la pereza, porque, realmente, los que más hablan de voces anticuadas son los que menos las conocen. Al fin y al cabo es un modo de consolarse hablar más de lo que menos se tiene. «Gran parte de las llamadas voces anticuadas—escribe Restrepo—no lo son sino por la incuria de los escritores, y sólo esperan que autores diligentes las saquen de los pergaminos en que yacen injustamente olvidadas, para ponerlas nuevamente en circulación» (1). Realmente, el arcaísmo, que es efecto de la multiplicación de voces sinónimas, no es un fenómeno natural del idioma, sino que viene de la negligencia de los escritores. No quiero decir que no haya voces verdaderamente anticuadas. Sí que las hay; porque, claro está, desapareciendo con el tiempo algunas cosas, como efectivamente desaparecen, es natural que desaparezcan también las palabras que las significan. Eso sí, tiene que constar que ha desaparecido la cosa para que la voz se dé también por desaparecida.

Hoy, señores, que, por extraña contradicción, mientras por una parte se exaltan los valores ideales, por otra no se cesa de gritar en pro de la fuerza bruta en su más baja expresión, de donde ha nacido esa multitud de deportes, algunos de los cuales nos han vuelto a los tiempos dichosos del Imperio Romano decadente; hoy, digo, que se renueva lo viejo, no nos vendría mal una atenta lectura de los libros clásicos, donde hallaríamos una inmensa cantidad de vocablos pertenecientes a esos juegos y deportes. Menéndez y Pelayo, tras de lamentar que se haya echado en olvido el vocabulario netamente castizo de los dos siglos dorados de la literatura española, para reemplazarlo por la jerga franca de los traductores al uso, escribe: «Es cierto que este daño no puede atajarse en un día, dada nuestra secular postración y creciente abatimiento; pero algo podría remediarse si nuestros hombres de ciencia, cuya educación hoy por hoy no puede menos de ser ex-

(1) *Diseño de Semántica General,* 58.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

tranjera, interpolasen sus árduas labores con el recreo y curiosidad de la lectura de nuestros libros viejos, pues suponiendo que nada tuvieran que aprender en cuanto a la materia aprenderían por lo menos los nombres castellanos de muchas cosas.... Y esto se aplica, no sólo a los libros graves de ciencia o arte, sino a los de aparencias más frívolas, a los de juegos, ejercicios y deportes caballerescos y populares, como la equitación, la esgrima, la caza y hasta el baile. En todos estos géneros tiene la lengua castellana preciosidades» (1).

Aquí me asalta una duda. Talvez alguno me gradúe de chapado a la antigua y ciego adorador de lo pasado. No es eso: yo no quiero que se escriba para los arqueólogos literarios ni que el escritor convierta sus escritos en un valle de Josafat; no quiero, por ejemplo, que se escriba como Juan Montalvo, en cuyas obras los muertos *viven* tanto o más que los vivos, de donde resulta aquel estilo hechizo, premioso, afectado, antiliterario e insoportable del escritor ecuatoriano. Esto es un pecado contra natura y la negación del arte de escribir. Mi ideal es otro: lo que yo predico es el uso moderado y sabio de voces antiguas, no el abuso o exceso. Lo que yo no puedo aceptar es el horror a los términos antiguos sólo por ser tales, cual si Horacio no hubiera dicho que no hay inconveniente alguno en que las voces que cayeron en desuetud se vuelvan a usar, si así lo quiere el uso de los doctos, árbitro, juez y norma del lenguaje y del buen decir. Capmany se pone en el justo medio cuando escribe: «Verdad es que las voces antiguas y traídas de la vejez, según siente Quintiliano, no sólo tienen quien las defienda y las acoja y estime, sino que dan majestad a la oración, y no sin deleite; porque tienen consigo la autoridad de la antigüedad, y les da valor, digámoslo así, aquella religión de su vejez. Y por cuanto están desusadas y puestas en olvido,

(1) *Prólogo* a la *Historia de la Literatura Española*, por Jaime Fitzmaurice-Kelly, pág. XXXVIII.

tienen gracia semejante a la novedad. Y además, su antigüedad misma les da dignidad, porque las palabras no usadas de todos hacen más venerable y admirable la oración. Pero, como en todo importa la moderación, no han de ser muy frecuentes ni manifiestas, pues no hay cosa más odiosa que la afectación; ni traídas de los más remotos tiempos, ni del todo olvidadas». No temamos tanto, pues, al arcaísmo; no temamos que nos vaya a matar el idioma, porque, como dice Monlau, «los idiomas mueren, es verdad; pero de ninguno de ellos se sabe que haya muerto de arcaísmo». Antes al contrario, «el arcaísmo orgánico, como observa el mismo autor, es la fuerza conservadora, y hasta el flúido regenerador, de los idiomas».

En tercer lugar, ¿quién ha dicho que la lengua castellana es pobre? ¿Pobre la lengua que sirve para hablar en la tierra con los reyes y en el cielo con Dios, como decía Carlos V? ¿Pobre la lengua, de la cual afirmaba Lope de Vega, a propósito de las poesías de Fernando de Herrera : «Aquí no llega ninguna lengua del mundo, perdónenme la griega y la latina»? ¿Pobre la lengua, de quien decía D'Alembert : *Une langue qui aurait comme l'espagnole un heureux mélange de voyelles et de consonnes douces et sonores, serait peut-être la plus harmonieuse de toutes les langues vives et modernes?* ¿ Pobre la lengua, de quien escribió Vicente Salvá: «La lengua española, rica en extensión y en comprensión, en voces y en ideas, lengua que en nomenclatura no tiene rival sino en la alemana, abunda hasta el exceso en cuanto la francesa escasea, y así resultan dos idiomas, el uno matemático por su falta de medios de expresión, y el otro redundante y a veces anfibológico por su misma riqueza y las facilidades de su sintaxis»? (1). ¿ Pobre la lengua del franciscano Juan de Pineda, el más archimillonario en palabras de todos los escritores españoles, según afirman Mir y Cejador?

Ni se diga que la riqueza de un idioma no está en la

(1) Obra citada.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

abundancia de palabras, sino en la fecundidad de sus raíces y en su capacidad para expresar los más sutiles y delicados matices del pensamiento. Eso es verdad ; pero, ¿ quiénes fueron más sicólogos, quiénes ahondaron más en el alma humana, quiénes expresaron mejor los matices del pensamiento que los filósofos y místicos españoles ? «La lectura de los místicos—dice Valera—, aun careciendo de la fe que ellos tenían, es muy útil ejercicio para los escritores de novelas, porque en dicha lectura aprenden a conocer y a describir el alma humana, en cuyos senos nadie penetró nunca más hondo» (1). Y Cejador escribe : «¿ Tan sutil es y alambicado, tan hondo, tan cerrado, ese pensamiento moderno, que no cabe en el castellano, que abarcó, cual ninguna lengua, desde la mística hasta la picaresca; desde el Renacimiento, donde se hallaba todo lo moderno, hasta la antigüedad grecolatina, que distaba bastante más del siglo XVI que no dista del mismo siglo el siglo XX?» (2).

(1) *Nuevos Estudios Críticos*, 74.
(2) *Cabos sueltos*, 386.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico